



Capítulo 32



La Aventura de Mariátegui

Nuevas Perspectivas

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

Cubierta: María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

Derechos Reservados

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

LA VIGENCIA DE MARIÁTEGUI

Romeo Grompone

Alberto Flores Galindo recuerda a Juan Croniqueur comentando en noviembre de 1915 que «la monotonía de nuestro ambiente dijérase que es eterna. Parece que estuviéramos condenados a vivir mediocrementemente, sin un destello de luz, sin presentimientos de alegrías». Todavía estábamos en lo que Mariátegui llamó después la dulce paz prebélica. En Lima la guerra no había tocado todavía las puertas ni en las preocupaciones de los políticos ni en el «spleen» de los intelectuales.

Con José Carlos el relato de Borges, «Pierre Menard autor del Quijote», se convierte en una pesadilla cuando toca hacer un comentario. Nos invaden las palabras precisas, las imprescindibles, las únicas de Mariátegui. Sentimos la incomodidad de que todo aquello que decimos empobrece las pasiones y las propuestas. Queda al menos rescatar nuestros temores ya que ellos no requieren de otras justificaciones que la de expresarlos.

Por este derrotero encontramos el artículo en Mundial de enero de 1925 sobre dos concepciones de la vida en la que Mariátegui señala «que los revolucionarios como los fascistas se proponen, por su parte, vivir peligrosamente. En los revolucionarios como en los fascistas se advierte análogo impulso romántico, análogo humor quijotesco». Y más adelante dice: «La vida más que pensamiento quiere hoy ser acción, esto es combate. El hombre contemporáneo tiene necesidad de fe. Y lo único que puede ocupar su yo profundo es una fe combativa».

Meses antes había dicho que «anquilosada, petrificada la forma

democrática como las que la han precedido en la historia, no pueden contener la nueva realidad humana». La condena de Sorel a las naciones embotadas en el humanitarismo resuena aquí. La violencia proletaria redime en este autor al capitalismo. En la historia -o en la historia que vale la pena de ser contada- los combatientes se confunden. El guerrero puede ser el soldado de Napoleón o la clase obrera organizada. No apreciamos este lado del pensamiento de Mariátegui pero sabemos que es un acontecimiento insoslayable de su vida intelectual.

En el centenario de Mariátegui se filtra como no podía ser menos, y está bien que así sea, el aire de estos tiempos. Llegan también visitantes inoportunos, entre ellos, los reivindicadores de teorías banales de la modernidad. Me sigo encontrando entre quienes reivindican a Mariátegui desde el marxismo y desde el arte, conceptos devaluados por los nuevos e implacables ortodoxos.

Desde el marxismo creo entender que Mariátegui nos revela la continuidad y la densidad de nuestra historia, las razones de la supervivencia de la comunidad indígena, el drama de no haberse podido construir una verdadera clase burguesa, a quien en palabras del autor le cabe la responsabilidad «no por haber contribuido a la destrucción de las formas autóctonas sino por no haber traído consigo la sustitución por formas superiores». El socialismo permite en Mariátegui que el pasado incomode con sus preguntas y que desde el presente busquemos respuestas alentando la utopía, en lugar de conformarnos con el simple registro de lo acontecido. La confrontación con esta tradición teórica nos sitúa en un plano que muchos de los nuevos intelectuales pasan por alto: importa lo que hacen todos los hombres y cada hombre, no solo los personajes heroicos ni de los paradigmas del buen vivir. ¿Arriesgaremos diciendo que esta recepción del marxismo le quita el protagonismo exacerbado a aquellos que viven peligrosamente? Por el socialismo Mariátegui encuentra también al indio como nuestro prójimo en un mundo que compartimos todos. Y por el marxismo Mariátegui descubrió que la historia del Perú no discurre únicamente por sus propios caminos sino que es un momento más en las escenas de la vida contemporánea. No estamos solos. Aquí está nuestro destino y nuestra oportunidad.

Con Mariátegui encontramos también el vínculo amoroso entre la verdad y la belleza. El arte es el complemento y la superación en el conocimiento de la sociedad. En Vallejo descubre el sentimiento indígena al que «no le basta traer un mensaje nuevo. Necesita traer una técnica y un lenguaje nuevo también». En contraste con Chocano encontramos «un americanismo genuino y esencial; no un americanismo descriptivo y localista». Y la percepción del indio que en Vallejo trae la tristeza de todos los hombres y la tristeza de Dios lo aleja tanto del narcisismo como de la nostalgia pasadista. Mariátegui no quiere confirmar una tesis. Se asombra y nos asombra defendiendo los fueros de la poesía y del conocimiento.

La belleza como verdad puede ser en afortunadas ocasiones la belleza como irreverencia y transgresión. Valdelomar y el grupo Colónida desacreditan los aires fatuos de la cultura oligárquica con su «fuerza negativa, disolvente y beligerante». La poesía puede ser tan corrosiva de un orden injusto e impostado como las armas de la crítica teórica. Y no es casual que la mayoría de los integrantes de este grupo, presuntamente aislados de la muchedumbre, encuentren después los caminos del compromiso que no puede explicarse si no acudimos a esta primera y radical negación. La exacerbación del individualismo puede ser una manera de dar la batalla contra la mentira consentida de una época. Descubre Mariátegui en González Prada un ateísmo religioso que va más allá de su cientificismo y su positivismo. Acaso no advirtió en este pensador un deísmo tolerante que de haber gravitado lo suficiente nos hubiera ayudado a construir una cultura democrática a la que no podía llegarse por la religión oficial. No veo a Proust presidiendo la larga noche europea de placeres y presagios, arrullada por el fuego de las ametralladoras, como se dice en *El alma matinal*. La devoción a los escritores que queremos está a prueba de balas. Y sin embargo los argumentos de Mariátegui son difíciles de resistir. El Amauta cuando no convence, seduce. Es un escritor mañoso sin saberlo, porque conjuga el artista con el pensador, y por alguno de estos lados nos atrapa.

No se puede renunciar, a mi parecer, ni al marxismo de Mariátegui ni a la estética de Mariátegui por descender a la torpe ilusión de que estamos haciendo una lectura contemporánea.

Muchas veces quedamos fijados en nuestras últimas lecturas y las tratamos de introducir en lo que escribimos sin saber muy bien si vienen al caso. Termina siendo una fatuidad a la que no consigo darle un lugar preciso entre los pecados que no se deben cometer. Me he encontrado con un bello texto que trata de «la poesía de San Juan de la Cruz. La abundancia del sentido o el fracaso de la hermeneútica». Un comentario de Celaya sobre este poeta místico señala que lo que importa en él no es «la vivencia ordinaria de la unidad de la existencia sino el retorno a la realidad después de haberla traspasado». En Mariátegui encuentro la sensación que está volviendo a nosotros después de haber descubierto lo esencial por la inteligencia, por la sensibilidad, por el sufrimiento. Y esta comprobación avasalladora que surge de la vivencia religiosa de José Carlos nos deja por una vez sin defensas a quienes somos ateos convictos y confesos. Afortunadamente acuden en seguida las razones para explicar la vigencia de Mariátegui, la lucidez de su tarea y sus errores y equivocaciones. Es bueno encontrarlo familiar y cercano.